



cuya obra es analizada, expuesta y enjuiciada. Podemos, resumidamente, decir que tienen especial valor o utilidad las síntesis que Beumer hace de la teología de los reformadores del siglo XVI sobre la inspiración, así como de la teología católica contemporánea o posterior al concilio de Trento (Melchor Cano, Báñez, Lessius, Belarmino, Suárez...). Igualmente están bien conseguidos, de modo general, las exposiciones de la teología protestante moderna (s. XIX sobre todo). Resulta, en cambio, un poco decepcionante la exposición acerca de la teología de Santo Tomás: carece de penetración y no resalta suficientemente la repercusión que ha tenido en la teología católica posterior, e incluso, en la doctrina del Magisterio.

El libro de A. Beumer, frente a la objetiva exposición que consigue por lo general, no presenta con claridad las líneas de fuerza principales del desarrollo de la doctrina teológica: éstas quedan un tanto difuminadas dentro de una tónica algo incolora y monótona. Cada uno de los capítulos están como encerrados en sí, sin que se haga ver la relación de unas etapas con otras, o las repercusiones de unos logros sobre la historia posterior.

No obstante, esta breve pero documentada síntesis histórica será de gran utilidad como complemento de los manuales de Inspiración bíblica.

J. M.^a CASCIARO

A. HAERDELIN, *Liturgie im Widerstreit*, Einsiedeln, Johannes Verlag (Kriterien, 21), 1970, 86 pp.

El autor de este breve volumen es un joven profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Uppsala, donde explica historia de la teología y de la liturgia. Su tesis doctoral sobre la doctrina eucarística en el Movimiento de Oxford es una contribución fundamental al estudio de aquella gran singularidad del espíritu y su elaboración fue decisiva para el paso del autor a la Iglesia Católica. Con este libro que ahora comentamos, Alf Haerdelin desciende al terreno de las tensiones que se han manifestado agudamente a partir del Concilio Vaticano II. La ocasión del libro es, en efecto, la preocupación del autor por el sesgo de la reforma litúrgica en curso y, sobre todo, por las razones que subyacen a la *Gestalt* de la nueva Liturgia. Haerdelin, en el breve prólogo, sitúa el alcan-

ce de las páginas que seguirán: “Desde su lejano punto de mira nórdico, el autor pone de relieve algunos aspectos de ordinario poco meditados, para iluminar así la crisis en la que se encuentra la liturgia, que, siendo un signo del *mysterium* divino, ha pasado a ser un signo de los conflictos humanos” (p. 8).

De los cuatro capítulos de la obra, tres son lecciones pronunciadas por el autor en Universidades alemanas: I. El nuevo “ordo” del Misal Romano: posibilidades y dificultades. III. La liturgia, mundo de signos. IV. Liturgia y cultura. El capítulo II, “Caminos hacia la Eucaristía”, ha sido escrito especialmente para esta publicación. Aquellos tres capítulos se preocupan, ante todo, de las formas visibles y audibles del rito litúrgico. El capítulo “Wege zur Eucharistie” es en realidad una incursión a la entraña del misterio eucarístico, para buscar en ella la realidad, la *res*, que se esconde detrás de las formas.

Con esto no queda dicho todo lo que hay que decir. A lo largo del entero escrito, Haerdelin trata de superar la tensión entre *Gestalt* (forma) y *Gehalt* (contenido) en la liturgia, sobre todo en la celebración eucarística. Se manifiesta positivo respecto de la línea litúrgica señalada por el Concilio Vaticano II. Capta y sopesa las posibilidades espirituales y pastorales que podría llevar consigo la recta aplicación de las normas conciliares. Pero, a la vez, Haerdelin, en unas páginas rigurosas y desapasionadas, describe las dificultades y los riesgos —nuevos o, al menos, más acentuados— que ha traído consigo la reforma litúrgica. Lo más singular y significativo de su pensamiento radica tal vez en que el autor, al señalar esas dificultades, no se refiere primariamente a la historia de la liturgia ni, en general, a la liturgia en cuanto colección de textos y ritos que regulan en culto. No: Haerdelin va más allá y, al profundizar en esas dificultades, quiere encontrar el núcleo inalienable del culto católico y, desde él, ayudar a resolver y superar aquellos riesgos. Sobre todo en el capítulo II —según dijimos— lucha el autor por descubrir el misterio que se esconde en la Santa Misa. Esto es lo mismo que decir que abandonamos el campo específico del liturgista para bucear en su subsuelo, es decir, en el campo de las afirmaciones dogmáticas. Precisamente a partir de la consideración del ámbito de los signos establece Haerdelin la necesidad de una teología de lo significado. En esto podría sintetizarse la doctrina de este pequeño libro: no hay *Gestalt* litúrgica (*sig-*

num) que dé suficiente razón a la grandeza del *Gehalt* de la Eucaristía (*res*).

En el primer capítulo el nuevo ordo aparece como “testimonio de la fe” y como “escándalo de la fe”. El autor centra todas las nuevas dificultades de la reforma litúrgica en el factor común de la acentuación del elemento comunitario (pp. 21-24). Debe quedar claro, dice Haerdelin, que también según la liturgia renovada, el signo *externo* comunitario es, *de suyo*, incapaz de construir la verdadera comunidad cristiana. Esto sólo puede ocurrir a partir del *contenido* del rito, que es la gracia de Dios en nosotros o, como dice Haerdelin, el Misterio del Señor crucificado y resucitado. Al liturgista sueco le preocupa lo que califica de “ingenuo optimismo litúrgico” ante los nuevos formularios: “Ningún nuevo ordo litúrgico, ningún nuevo formulario, aun cuando dé lugar a una auténtica renovación, puede resolver automáticamente los problemas pastorales y hacer que los tibios y los indiferentes pasen a ser cristianos seriamente comprometidos con el misterio litúrgico-sacramental” (p. 21).

El tercer capítulo trata del mundo significativo de la liturgia. Según Haerdelin, ni el cambio de la lengua, ni un conocimiento más detallado de la historia de la evolución de los ritos litúrgicos puede de suyo iluminar las verdaderas afirmaciones de la liturgia. *Lo que sucede* en la liturgia es más grande que todo lo que puede decirse en ella y sobre ella. Lo que sucede en la Eucaristía es la presencia del sacrificio de la Cruz (permaneciendo cuestión abierta desde siglos cómo se relacionan entre sí el sacrificio de la Cruz y el sacrificio de la Misa).

A través del cuarto capítulo —Liturgia y cultura— nos introduce el autor en un mundo sugestivo y problemático. Es cosa bien sabida que la liturgia y las formas culturales guardan entre sí la más estrecha relación. Sin embargo, la historia de la cultura no puede dar razón de lo fundamental y específico de la liturgia. Hoy se habla mucho de una crisis de la Liturgia y de la Cultura, y se plantea la cuestión de si no será la liturgia mero fenómeno histórico y, por tanto, una forma culturalmente condicionada: ¿No sería suficiente “adorar en espíritu y en verdad”? Haerdelin propone considerar la cuestión (aspecto cultural de la liturgia) a la luz de la Encarnación del Hijo de Dios y, por tanto, del misterio que da razón de lo divino y lo humano en el Cristianismo.

Como ya dije, la cuestión de fondo se encuentra en el II Capítulo. Aquí el autor tiene ante sus ojos no los detalles, sino la totalidad. Más aún: aquí se intenta una síntesis que podría ser la respuesta de Haerdelin a la cuestión planteada de diversas formas en el librito. Se trata, nada más y nada menos, que del método y objeto de una auténtica teología eucarística. O dicho de otro modo: de buscar un concepto fundamental (*Grundidee*) que permita reducir a unidad forma y contenido en la Sagrada Eucaristía y evitar de este modo las tensiones entre ambos polos que se han dado en la historia de la Teología. La cuestión está planteada crudamente: "Ist die Messe ein Opfer oder ist sie ein Mahl?" (p. 29) ¿Sacrificio o banquete? De ahí los dos caminos que contempla el autor hacia la eucaristía: 1) Desde el signo (*Gestalt*) de la Misa a su contenido (*Gehalt*). 2) Iluminación del signo desde el contenido. El primero, caro a los liturgistas, tiene su valor, pero a juicio de Haerdelin, presenta dificultades muy graves: si se utiliza en exclusiva, la Misa sería, ante todo, banquete, con consecuencias que chocan con el dogma: la esencia de la Misa estaría en la comunión de los presentes y el sacrificio se relegaría a un segundo plano. Pero la misma "forma" de la Misa se abre al dogma y pide ser comprendida desde él, pues, como ha dicho la *Mysterium Fidei*, la riqueza de la Eucaristía no puede ser comprendida en toda su plenitud sólo por un análisis del signo que la realiza. De ahí la necesidad del segundo camino, *das Dogma als Weg zur Eucharistie*. Siguiendo a Romano Guardini, el profesor Haerdelin se negará a la alternativa: o banquete o sacrificio. "La cena es la forma bajo la cual se realiza el sacrificio misterioso". Un católico sabe, en efecto, que la Misa es ambas cosas: banquete y sacrificio. Pero no basta teológicamente con yuxtaponer ambas afirmaciones. La teología busca el nexo y la relación de los misterios. Lo original de la investigación de Haerdelin está precisamente en la *Grundidee* que propone como punto de partida para una comprensión sintética de forma y contenido, de acción y sacrificio en la eucaristía, y que no es otra que la noción de "consecratio": una acción realizadora de la transubstanciación y, en consecuencia, de la presencia real de Cristo (Trento, DB 1642).

Este concepto o idea fundamental es "el que permite captar simultáneamente el contenido de la Misa, tal como el Dog-



ma nos lo enseña, como sacrificio y como presencia; y, a la vez, su vinculación formal a una *acción (Handlung)*, porque la *Gestalt* de la Misa es esencialmente acción” (p. 40). En las pp. 39-46 puede verse el desarrollo de esta idea unificante: desde la consagración eucarística el autor amplificará su horizonte hasta la *consecratio mundi*...

La *Konsekrationstheorie* propuesta por Haerdelin debe, sin duda, ser pensada más maduramente para que pueda ser la solución de una teología eucarística integral. Nos gustaría que el autor le dedicara una monografía. En todo caso, estimamos completamente válida la gran preocupación de fondo a la que responde: que los ritos de la Misa deben ser comprendidos desde el dogma. Lo cual no excluye —ya lo repite una y otra vez Haerdelin— que el rito sea “catequesis” del contenido; pero siempre insuficiente.

La aportación de este pequeño libro está en su preocupación de síntesis, lógica en un hombre que conoce bien la dogmática y la historia de la liturgia. Para nuestro autor una sana teología eucarística debe tener siempre a la vista tanto la doctrina de la fe como la realidad de la celebración litúrgica vivida en la Iglesia.

Si el riesgo de la teología eucarística precedente era elaborarse prescindiendo de la realidad litúrgica, hoy más bien nos encontramos ante el otro, que es más grave: hacer una teología eucarística que prescinde del dogma definido ... Haerdelin lo sabe y por eso escribe y busca la síntesis, consciente de que sólo ésta podrá contribuir a que, en efecto, la Eucaristía sea el centro de la vida cotidiana de la Iglesia.

No puede esperarse de un tan breve escrito la solución acabada de las múltiples y nada fáciles cuestiones que plantea la vida litúrgica. Ya es un mérito del autor el haberlas expuesto de modo tan agudo y sincero, en vez de ignorarlas, como con demasiada frecuencia sucede en los que hablan de liturgia sin dominar la dogmática o viceversa. En este sentido, esta recensión es, sobre todo, una invitación a que el serio diálogo que nos ofrece un hermano en la fe “desde el lejano norte escandinavo” encuentre eco en “las católicas tierras del sur”.

P. RODRÍGUEZ